

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

LA LLAVE
DEL PARAISO,

JUGUETE EN DOS ACTOS Y EN PROSA.

ORIGINAL DE

CONSTANTINO GIL Y LUENGO.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1875.

ADICION

*al Catálogo de las obras de esta Galeria de 1.º
Octubre de 1874.*

TÍTULOS.

ACTOS.

AUtores.

COMEDIAS Y DRAMAS.

		Á primera sangre.....	1	D. Manuel Matoses.....
3	2	Cada loco con su tema—j. o. p.	1	M. Ramos Carrion...
4	2	Cuentos de antaño.....	1	J. T. Benedicto.....
3	1	Del Norte á la Macarena.....	1	Cárlos A. Ossorio.....
5	1	El árbol caído—d. o. v.....	1	R. M. Aparicio.....
8	1	El duende de Palacio—c. o. v.	1	J. V. y Sanchez.....
3	2	El niño ya tiene un diente....	1	P. Escamilla.....
3	1	El número 7—j. a. p.....	1	S. Infante Palacios...
2	3	El pariente de todos—j. o. v.	1	Vital Aza.....
		Galileo—d. o. v.....	1	Eleuterio Llofriú.....
8	2	Juan Piton—c. o. v.....	1	Javier de Búrgos...
		La sarten y el cazo.....	1	Luis Escudero.....
3	3	La tarjeta americana—c. a. v..	1	E. N. Gonzalvo.....
11	2	La viuda del zurrador—p. o...	1	R. Carrión y V. Aza
3	3	Las etcéteras—j. o. v.....	1	E. Rodriguez Solís...
3	3	Lo que vale una mujer!.....	1	L. Torromé Ros.....
3	2	Me es igual—j. o. v.....	1	M. Pina Dominguez..
5	3	Miguel—d. a. p.....	1	S. Infante Palacios...
3	2	Sombras chinescas.....	1	E. N. y Gonzalvo....
4	1	Un marido primo.....	1	P. Escamilla.....
3	2	Un novio campanólogo—c. o. v.	1	Javier de Búrgos...
		La llave del Paraiso.....	2	Constantino Gil.....
4	4	Los enamorados—c. a. v.....	2	Darío Céspedes..
4	3	Dar en el blanco—c. o. v.....	3	M. Pina Dominguez.
4	3	El bufon de Felipe IV—d. o. v.	3	A. F. de la Serna...
8	3	El gran filon—c. o. v.....	3	Tomás R. Rubí.....
6	3 a.	El halconero—d. a. p.....	4	Jorquin G. Parreño..
		La corona de abrojos—d. a. p.	4	Márco Zapata.....
9	2 a.	La reconquista de Dénia—d. o. v.	3	J. Botella Carbonell..
5	2	Los dos Alarcones.....	3	A. G. Santivañes...
5	2	Los señoritos—c. o. p.....	3	M. Ramos Carrion...
12	3 a.	Romeo y Julieta.....	5	V. Deza y Suñols. . .

LA LLAVE DEL PARAISO.



Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

LA LLAVE DEL PARAISO,

JUGUETE EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

CONSTANTINO GIL Y LUENGO.

Representado por primera vez, con extraordinario aplauso, en el Teatre
ESPAÑOL, la noche del 17 de Febrero de 1875.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1875.

PERSONAJES.

ACTORES.

ELVIRA.	D. ^a MATILDE DIEZ.
CÁRMEN.	D. ^a SOFÍA ALVERÁ.
CLARA, criada.	D. ^a CONCEPCION RUIZ.
MANUEL.	D. MANUEL CATALINA.
ALFREDO.	D. FLORENCIO ROMEA.
VENTURA, criado.	D. JULIAN ROMEA.
UN LACAYO.	D. JULIAN CASTRO.

La accion en Madrid. — Época la actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A LA MEMORIA DE MIS QUERIDOS PADRES,

DON MARIANO GIL Y NAVARRO,

Y

DOÑA MARIA DE LA RESURRECCION LUENGO.

Llegue hasta vosotros, una vez mas,
el pensamiento de vuestro hijo

Constantino.

ACTO PRIMERO.

Gabinete lujosamente amueblado. Puerta al foro que conduce á la calle. Otra á la derecha, primer término, que conduce al jardín, y otra en segundo. que pertenece al tocador de Elvira. Á la izquierda, en primer término, otra por donde se va al interior de la casa, y en segundo término un balcon. Es de noche, la escena estará perfectamente iluminada. En el centro un velador con libros, etc.

ESCENA PRIMERA.

ELVIRA y CÁRMEN.

CARMEN. (Por el foro y como hablando con un criado.) No necesita usted anunciarme. Yo misma...

ELV. ¡Esa voz!... (Levantándose.) ¿Será ella?...

CARMEN. ¡Elvira! (Se abrazan.)

ELV. ¡Cármén!

CARMEN. ¿Podemos hablar con libertad?

ELV. Con toda la que quieras. (Toca un timbre. Aparece Ventura con librea en el foro.) No estoy para nadie. (El criado se inclina y se va.) Ahora que ya estamos solas y seguras de que nadie vendrá á interrumpirnos, puedes empezar tu relacion, mi querida Cármén.

CARMEN. ¡Buena va á estar mi relacion!

- ELV. ¡Te aseguro que tambien va á ser muy agradable la mia!
- CARMEN. ¡Si vieras cómo he vacilado para dar este paso!
- ELV. ¡Y yo los dias que he estado dudando, hasta decidirme!
- CARMEN. Pero no había otro remedio; y por duro que fuera disparar el primer escopetazo...
- ELV. Te decidiste, al fin, y me evitaste el trabajo de dispararlo. Gracias.
- CARMEN. ¡Oh! No sabes con qué alegría he venido á verte, en medio de la desesperacion que me consume.
- ELV. Cálmate, mujer, que todo tiene remedio en este mundo.
- CARMEN. Sí: allá veremos.
- ELV. ¡Ten confianza en mí, y verás cómo nos vengamos y los confundimos!
- CARMEN. Ante todo, no me dirás que te he hecho esperar.
- ELV. Y sin embargo, ya me parecía que tardabas.
- CARMEN. Mi mamá quería venir...
- ELV. ¿Para qué? ¡Nosotras solas bastamos! ¡Ya verás si bastamos!
- CARMEN. ¿Á qué hora recibiste mi carta?
- ELV. Á las seis.
- CARMEN. ¿Y qué me dices?
- ELV. ¿Que qué te digo? Mira, mi primer impulso ha sido ahogarle; te digo que siento remordimientos por no haberme hecho viuda con mis propias manos.
- CARMEN. ¿Y la alhaja de mi Alfredito? ¡Yo que creía que me amaba; yo que le quería tanto!...
- ELV. ¿Pues y la alhaja de mi Manolito? ¿Dónde la dejas? ¡Infame!
- CARMEN. ¿Pero es de veras que está en Madrid, mi marido?
- ELV. ¿Que si es de veras? Mira, hija, mira estas cinco cartas que me ha escrito... con petróleo. (Le da unas cartas.) ¡Cuidado, que queman! En la Puerta del Sol me pisó el vestido hace cinco dias; volví la cabeza, me sorprendí al verló en Madrid, empezó con una excusa y acabó con una declaracion.
- CARMEN. (Despues de leer una.) ¡Ay! ¡Qué desgraciada soy! ¡Qué

desgraciada!

ELV. ¡Te enterneces! ¡Eres perdida; pero, afortunadamente, aquí estoy yo para salvarte y salvarme! ¡Energía, mujer, mucha energía! ¡Nos desprecian? ¡Despreciémoslos! ¡Se burlan de nosotras? ¡Burlémonos de ellos! ¡Quieren matarnos á disgustos? ¡Matémoslos á desazones! ¡Ay! Si se arreglaran estas cosas con arañazos...

CARMEN. Toma, aquí tienes las de tu marido. (Le da un paquete de cartas.)

ELV. Vengan. (Va á leerlas y se contiene.) Pero no quiero leerlas, porque si las leo, con lo nerviosa que estoy... ¡Mira, mira qué dedos! (Estira y encoge los dedos de ambas manos.)

CARMEN. ¡Cálmate, Elvira!

ELV. ¡Ya estoy calmada, ya estoy!... Pero... ¿tú le has escrito? (Con ira.) ¡Verdad?

CARMEN. Sí, me dijo mamá, que para atraer á Alfredo, convenía darle celos...

ELV. ¡Y el bribon de mi marido, estará bañándose en agua de rosas, con tus cartas... pero se va á pinchar las manos, vaya si se las va á pinchar!

CARMEN. ¿Y tú, le has escrito al mio?

ELV. No y sí.

CARMEN. No te entiendo.

ELV. Pues ahora me entenderás. Es toda una novela. Mi Manuel, mi Manolito, á pesar de todo lo que te haya jurado y perjurado, te hace traicion, te falta lo mismo que á mí.

CARMEN. ¿Cómo que me hace traicion?

ELV. Del modo más sencillo. Recibiendo cartas que le dirige otra prójima. ¡Buena prójima estará ella!

CARMEN. ¿Y quién es ella? ¿lo sabes?

ELV. Lo ignoro. Esa segunda dama no pone fecha ni firma, y le dice unas tonterías... de *primo cartello*.

CARMEN. ¿Pero cómo lo has sabido?

ELV. Cogién-dole su correspondencia; y como cada dia recibe mi marido dos epístolas, no nota las que yo le sustraigo, y que me sirven para enviárselas á tu angelical

Alfredo?...

CARMEN. Qué ¡le mandas á Alfredo!...

ELV. Sí, hija; le envió las cartas de esa pobrecita oveja descariada. ¡Ay, si yo fuera lobo! Mira, mira la que le voy á mandar hoy, á tu maridito. (Le da una carta que saca del bolsillo.)

CARMEN. ¡Calla, si es mi carta!

ELV. ¡Es tuya! Vamos, respiro; porque ya hay una ménos. ¿Pero cómo no ha conocido Alfredo tu letra, ni yo tampoco?

CARMEN. Porque no es mi letra. Me las escribe mamá.

ELV. ¿Tu mamá?... ¿De manera que él pone sus labios, sobre la letra de su suegra?

CARMEN. ¿Qué dices? (Riendo.)

ELV. Lo que él me dice. Oye, oye un párrafo de una carta suya. «Señora: me paso las horas muertas con las cartas de usted sobre los labios, aspirando el delicioso perfume de...»

CARMEN. ¡El perfume de su suegra! ¡Bonito perfume!

ELV. ¡Lo que es la ilusion, mujer, lo que es la ilusion!

CARMEN. Y bien, ¿qué hacemos?

ELV. ¿Qué hacemos? Diabluras, lo que se llama diabluras; tú sigues escribiendo, es decir, tu mamá sigue escribiendo á mi marido; yo sigo quitándole las cartas y enviándoselas al tuyo; éste sigue aspirando perfume de su suegra, y nosotras inventando sin cesar, el modo de volverlos locos.

CARMEN. ¿Y qué resultará?

ELV. Qué ha de resultar; que el mejor día se descubre todo, se viene el cielo abajo, y los confundimos, les araños, nos divorciamos... y...

CARMEN. Y entre tanto, más vale que seamos nosotras... sus...

ELV. Sí. Más vale que seamos nosotras las distinguidas, porque si lo hubieran sido otras, lo que es yo, te aseguro que doy un estallido.

CARMEN. Y yo me hubiera muerto de pesar.

ELV. Pero oye, ¡tú has cometido una imprudencia terrible!

- CARMEN. ¿Yo, una imprudencia? ¡Ay! Dios mio.
- ELV. En una de tus cartas, he leído que le enviabas á mi marido, la llave de tu jardin, para que mandase hacer otra igual.
- CARMEN. ¡Y no es más que eso?
- ELV. ¿Te parece poco?
- CARMEN. Entónces tranquilízate. Es cierto que le he mandado una llave, porque me la pedía con mucha insistencia; pero en lugar de la del jardin, le mandé... la más grande de toda la casa; mi doncella se encargó...
- ELV. Calla, que oigo pasos.

ESCENA II.

DICHAS y CLARA, foro.

- CLARA. ¿Se puede entrar?
- ELV. ¿Quién es?
- CLARA. Soy yo, señorita.
- ELV. ¿No he dicho que no estaba para nadie?
- CLARA. Sí señora, pero...
- ELV. ¡Pero qué!
- CLARA. El señor marqués me ha mandado preguntar, si estaba usted en casa...
- ELV. Bueno. No es conveniente que te vea. (Á Cármen.) Dile que pase. (Váse Clara foro.) Y tú, Cármen, vete corriendo.
- CARMEN. ¿Á dónde?
- ELV. Entra ahí, en ese gabinete; pasa á la sala y espérame allí, que voy en seguida.
- CARMEN. (Abrazándola.) Adios, pues.
- ELV. Pronto, hija, pronto, que viene el enemigo. (Cármen se va por la primera puerta de la izquierda. Elvira coge un libro del velador y se pone á leer.)

ESCENA III.

ELVIRA, MANUEL, por el fondo y en traje de etiqueta, con sombrero y el abrigo al brazo; deja uno y otro.

MAN. Buenas noches, mujercita mia:

ELV. Buenas noches, maridito mio.

MAN. ¿Leías? (Contemplándose en un espejo.)

ELV. Sí, una comedia muy bonita. «La mujer de tres maridos.»

MAN. No la conozco; pero no me gusta el título. La mujer de tres... son muchos...

ELV. Lo creo; más te hubiera gustado «El marido de tres mujeres,» ¿verdad?

MAN. Tampoco: yo soy hombre recto.

ELV. Sí. (Como una ese.) (Cogiendo un periódico.) Hombre, comedia nueva.

MAN. (Ante el espejo.) ¿Dónde?

ELV. En el Príncipe. *La lechuza.*

MAN. Será una sátira contra las suegras.

ELV. No. Aquí trae el argumento. (Leyendo el periódico.) «El protagonista es don Juan Tenorio; el autor lo presenta casado y no arrepentido; pero no atreviéndose á salir á caza de día, por decoro, sale de noche, como esas aves de rapiña.

MAN. (Con sorna.) ¿Y se va á beber el aceite de las lámparas conyugales, de dos ó tres amigos? ¡Por vida de la corbatita! (Ante el espejo.)

ELV. ¿Quieres que te la ponga? (Deja el periódico.)

MAN. No, mil gracias; ya, ya, ya está.

ELV. ¿Es decir que vas de teatro, ó de baile esta noche?

MAN. (Ante el espejo.) No voy de teatro ni de baile, no señora: ¿Acaso no conoces mis costumbres, desde que nos hemos casado?

ELV. Sí. (Buenas están ellas.)

MAN. (Ante el espejo.) Bien, muy bien; ¡pedir más, sería ambición!

- ELV. Yo la tengo.
- MAN. ¿Tú, palomita mia, tú tienes ambicion? (Baja al proscenio.)
- ELV. Yo, palomito mio, yo tengo ambicion.
- MAN. ¿Y de qué?
- ELV. De saber á dónde vas esta noche. ¿Á que no me lo confiesas?
- MAN. ¿Pues no he de confesártelo? ¡Vaya si te lo confieso! Voy á una junta.
- ELV. ¿Á una junta? (Lo creo.) (Pausa breve.) ¿Y con quién vas á juntarte?
- MAN. Voy á juntarme con unos amigos que, han formado una sociedad anónima, á la que pertenezco; para ganar dinero, con que satisfacer los caprichos de mi mujercita. Á eso voy.
- ELV. ¿Y se va de etiqueta á esa junta?
- MAN. Es de rigor; es decir, no es de rigor; pero es junta plena, asisten los imponentes y hay que dar cierto colorido... ¿comprendes?
- ELV. Sí. Sí. ¿Y de qué vais á tratar en esa junta?
- MAN. ¿Tambien quieres saberlo? Pues lo sabrás todo, mitad de mi alma, lo sabrás todo.
- ELV. Ya espero.
- MAN. Y aquí me tienes, dispuesto á darte cuantas explicaciones...
- ELV. Empieza: ¿de qué vais á tratar?
- MAN. Pues vamos á tratar nada ménos, que de la explotacion de una cuenca carbonífera. ¿Sabes tú, lo que es una cuenca? ¡Lo que se llama una verdadera cuenca!
- ELV. ¿Conque de la explotacion de una cuenca?
- MAN. Sí, hija, todo por complacerte.
- ELV. Y dime, ¿suelen acabarse muy tarde esas cuencas, digo, esas juntas?
- MAN. No, pero... te diré, te diré! Á veces se acaloran los ánimos y la discusion se enzarza, porque como los hombres son tan malos...
- ELV. Convengo en ello.
- MAN. Pues bien, yo no digo que esta noche se acaloren los

ánimos, pero tampoco respondo de que no me tiren dos ó tres tinteros á la cabeza.

- ELV. Dí, Manolito, ¿cuántos tinteros te tiraron anoche á la cabeza?
- MAN. ¿Por qué lo dices?
- ELV. Porque como no viniste hasta las dos...
- MAN. ¿Á las dos? (Me pescó.) Te equivocas, hija, te equivocas. Vine á... á las dos ménos dos minutos.
- ELV. ¡Eso es otra cosa! ¿Y dónde estuviste, hasta las dos ménos dos minutos?
- MAN. ¿Dónde estuve? Dónde? Vas... vas... á saberlo inmediatamente. Estuve... estuve velando á un enfermo.
- ELV. ¿Cómo se llama?
- MAN. ¿Cómo se llama? Vas á saberlo también. Se llama... se llama... Pe... Pepe... Pepepe... Perez. Pepe Perez: tres pes; pide más datos.
- ELV. (Con extrañeza.) ¿Conque Pe... Pepe... Pepepe Perez?
- MAN. ¿Qué, no le conoces? Pues, hija, todo el mundo le conoce. Pepe Perez, Pepito Perez, un chico ni alto ni bajo, que juega á carambolas en el Casino todos los días.
- ELV. Bonitas señas. Y ántes de anoche, ¿dónde estuviste?
- MAN. Con Pepito.
- ELV. ¡Y la noche anterior?
- MAN. Tambien con Pepito.
- ELV. ¿Y la otra?
- MAN. Con Pepito tambien.
- ELV. ¿Siempre con Pepito?
- MAN. Siempre: la amistad lo exige: es un amigo de los pocos que quedan. ¡Él me enseñó á hacer los retrocesos!
- ELV. Y los haces bien, hijo, los haces bien.
- MAN. ¡Ya lo creo que los hago bien!
- ELV. ¡Perfectamente!
- MAN. Sí, mira, se pica la bola baja...
- ELV. Dí. ¿Y qué tiene el pobre Pepepepito?
- MAN. Pues tiene... (¿Qué tendrá Pepito?) La verdad es que debe ser cosa grave, porque los médicos no saben todavía lo que tiene...

- ELY. ¡Pues estamos frescos!
- MAN. No, te diré, te diré; por de pronto tiene calentura, mucha calentura; vértigos, ataques al corazón, y ahora me parece que se le va insinuando un poquito, la viruela negra...
- ELY. ¡Ave María Purísima!
- MAN. Sin pecado concebida.
- ELY. (Levantándose.) ¡Manolito! No hay tales vértigos, ni tal cuenca, ni tal amigo, ni tal viruela; todo es pura invención.
- MAN. (Indignado.) ¿Que Pepito Perez es una invención?
- ELY. Completa.
- MAN. ¿Sí? Pues ahora mismo voy al Casino y te lo traigo de una oreja. (Al foro.)
- ELY. Pero, hombre, ¿no está en cama con mucha calentura, vértigos, ataques al corazón y un poquito de viruela negra?
- MAN. Es verdad; no me acordaba... (Vuelve al proscenio.)
- ELY. ¿Lo ves?
- MAN. No lo veo. He dicho que te lo traía de una oreja, porque ha sido tal mi indignación, que hasta le hubiera sacado de la cama, y con viruela y todo te lo hubiera...
- ELY. ¿De veras? Pues vete como ese don Juan Tenorio ó don Juan .. Lechuza, á los bastidores del Teatro Real.
- MAN. ¿Yo á los bastidores?... En mi vida he pisado yo un bastidor.
- ELY. Manuel; yo necesito que veamos juntos *La Lechuza* y que la veamos esta misma noche.
- MAN. ¿Esta noche?
- ELY. Sí, hijo, te hace muchísima falta.
- MAN. Yo no necesito sermones.
- ELY. (Con cariño.) Manolito, dame ese gusto; si no me le das, es porque ya no me quieres; déjate de juntas y júntate con tu mujercita: mira, en un instante me arreglo, salgo, nos cogemos del brazo, nos metemos en nuestra berlinita, tomamos dos butacas y vemos esa Lechuza, ¿verdad que sí? Nada, nada, ya estoy adentro: ya estoy

afuera y ya estoy colgadita de tu brazo. Adios. (Toca un timbre.) Si eres lo más bueno, y lo más cariñoso, y lo más!... (Á Clara, que aparece en el foro.) Adentro. (Clara entra por la puerta derecha, segundo término.) Ves, ves, hombre, ¿qué felices somos? Hasta en seguidita. Adios, adios! Al momento salgo... y... al momento nos vamos, Manolito. (Váse por la derecha, segundo término.) Al momento!

ESCENA IV.

MANUEL.

¡Pues señor me he divertido! ¡La lechuza! El moluelo es el que me ha caído encima! ¿Y cómo me opongo?... No, es necesario mucha diplomacia y sacrificarse un poco: veremos la *Lechuza*, y... la haremos después. Pero entre tanto que mi consorte se prende, examinaré los garabatos de esa hechicera Carmen, (Saca una carta del bolsillo del frac.) que me tiene aprehendido! ¡Y muy aprehendido! ¡Válgame Dios, qué perfumadita y qué mona, y qué poética está! (La mira con entusiasmo y se la lleva á los labios. Abre la carta.) Intenciones me dan de... ¿Y por qué no? Aunque uno sea hombre de mundo, al fin y al cabo tiene corazón; y luego, al pensar que una mujer tan divina y tan codiciada, ha puesto su mano y sus cinco sentidos sobre este papel, al pensar que su corazón, apoyado sobre la mesa, habrá latido cerca, muy cerca de donde yo!... la beso, vamos, que la beso y la beso! (Hace lo que indica el diálogo.) ¡Ay! qué delicia! Veamos ahora en qué términos está hecha la concesión. (Saca una llave muy grande del bolsillo del frac, la contempla con entusiasmo y la besa. Después la guarda.) ¡La dulce concesión! (Leyendo.) «Querruedo mio.» ¡Que rruedo! En fin, rodemos. (Leyendo.) «Por fin tela...» ¿Tela? «Por fin tela mando.» Nada, como si me enviase tres varas de percalina. Sigamos. «Y esperro.» ¿Es perro ó es tela, en qué quedamos? «Y esperro que-

so.» ¿Cómo queso? ¡Ah! «Espero que eso. Me lo mandarás pontito.» ¡Sí, hija, pontito, pontito! «Porque al pensar que pueden notar la flauta.» ¿Qué flauta, qué flauta es esta? ¡Ah! La falta. «Me horrorizo.» ¡Y yo también me horrorizo! Parece mentira que, con una mano tan redondita y tan mona, se escriban tales disparates. (Dobla ¡la carta y la guarda.)

ESCENA V.

MANUEL, VENTURA, despues ALFREDO.

- VENT. (Con librea, por el foro.) Señuritu. (Pausa.) Señuritu. (Acen-
to gallego.)
- MAN. ¿Eh? (Sin volver la cabeza.)
- VENT. Ahí está un señuritu, que pregunta por el señurito.
- MAN. Que pase á la sala ó á mi despacho.
- ALF. (Foro, en traje de calle.) ¿Yo á la sala? ¿Yo á tu des-
pacho?
- MAN. (Saliendo á recibirle.) ¡Alfredillo! ¿Tú?
- ALF. (Abrazándole.) Yo, hombre, yo. (Ventura váse foro.)
- MAN. Aprieta, seductor, aprieta.
- ALF. No me esperabas, ¿verdad?
- MAN. ¿Qué había de esperarte!
- ALF. ¡Pues asómbrate!...
- MAN. Baja la voz si vas á empezar la historia de tus crímenes.
- ALF. No, hombre, no, pero...
- MAN. Mi mujer está en su cuarto vistiéndose.
- ALF. ¡Ah!
- MAN. Ahora desembucha.
- ALF. (Con misterio.) ¡Hace cinco dias que estoy en Madrid!
- MAN. ¿Cinco, y sin avisarme?
- ALF. Sí, hijo, cinco. Le escribí desde Bayona á mi mujer estas
cariñosas palabras, propias de todo buen esposo.—«Vida
de mi vida, el veinticuatro me estrecharás en tus bra-
zos.»—Y el diez y nueve me apeaba en la fonda de
París. ¿Seré lagarto?
- MAN. ¿Eso has hecho?

- ALF. Sí, pero eso no vale nada. Ó se tiene algo de aquí, ó no se tiene. (Señalando su frente.)
- MAN. Por supuesto, traerás tela cortada.
- ALF. ¡Y la que cortaré!
- MAN. ¡Hola, hola! ¡Conque apenas has puesto el pie en la villa...
- ALF. Y ya he puesto el dedo en la llaga. ¿Seré lagarto?
- MAN. ¿Por supuesto, será cosa de *primo cartello*?
- ALF. ¡De *primitssimo*!
- MAN. ¿Casada?
- ALF. Casada, pues es claro.
- MAN. ¡Jóven!
- ALF. ¡Criatura!
- MAN. ¡De manera que hará poco que se habrá casado!
- ALF. No mucho.
- MAN. ¿Y el marido, qué tal? ¿Gordinflon y tonto?
- ALF. No, es guapo y presume que tiene talento. ¡Eso es lo grande!
- MAN. ¡Infeliz! Irá por ahí tan contento, con su tortolita apoyada en el brazo, y ella te mirará y... tú te reirás en sus barbas...
- ALF. ¿Que si me rio? Siempre que me acuerdo de su tranquilidad, y siempre que le miro frente á frente... (Como ahora.) (Mirando á Manuel.) ¡Já, já, já!
- MAN. ¡Hombre, no te encarnices!
- ALF. Pero si no puedo ménos de... ¡Já, já, já! ¡Si tú le vieras!
- MAN. Ya me lo enseñarás, ¿eh?
- ALF. Y verás cómo te ries también, verás...
- MAN. ¡Pobre hombre!
- ALF. Allí tienes si he aprovechado el tiempo. Además, estoy matando otro pájaro con el mismo tiro, es decir, mientras dura mi incógnito.
- MAN. ¿Qué pájaro es ese?
- ALF. Es pájara. Es mi mujer.
- MAN. ¿Y la vas á matar?
- ALF. Según y cómo. Hasta ahora, todo su amor es mio, tengo embelesada.

- MAN. (Con intencion.) ¡Esas son mis noticias!
- ALF. ¿Te lo ha dicho?
- MAN. ¡Mil veces, y con una ternura!... (Con intencion.)
- ALF. Lo creo. Pero como yo no me fio, he hecho este viaje, que obedece á todo un plan de táctica conyugal.
- MAN. ¿De táctica?...
- ALF. ¿No lo entiendes? Pues es bien sencillo. Habiendo llegado cinco dias ántes del que anuncié, puedo vigilar á mi consorte cinco dias seguiditos, sin que ella lo sospeche. ¿Seré lagarto?
- MAN. Sí, hombre; te declaro lagarto.
- ALF. ¡Qué! ¿Tú no vigilas á la tuya?
- MAN. Yo no. ¡Bonito es el niño para que lo engañen!
- ALF. Oye, niño bonito, tú estás perdido.
- MAN. Al contrario: yo tengo confianza; cuando llegue á esta casa la peste...
- ALF. ¡Ay, ay, ay! confianza: llama á ese criado, hombre llama á ese criado.
- MAN. ¿Para qué?
- ALF. ¿Para qué ha de ser? Para salvarte. (Va hácia el velador donde está el timbre.)
- MAN. ¿Adónde vas?
- ALF. Á salvarte. (Toca el timbre.)
- MAN. Dime. ¿Y á tí quién te salva? ¡Infeliz!
- ALF. ¿Á mí? Yo me basto y me sobro.

ESCENA VI.

DICHOS y VENTURA, fondo.

- MAN. ¿Para qué has llamado á ese atun? (En voz baja.)
- ALF. ¿No lo adivinas?
- MAN. No.
- ALF. Pues es bien sencillo. Para que le preguntes qué visitas ha recibido hoy tu mujer, mientras has estado fuera de casa.
- MAN. ¿Y esa es tu táctica?
- ALF. Esa. ¡Y así me va!

- MAN. ¡Ah! Tunanton. (Con ironía.)
ALF. Acepto el improprio.
MAN. De modo que, cuando entre una mosca en tu casa?...
ALF. Ya la tengo en la mano. Anda, pregúntale, y sabrás las moscas que han entrado en la tuya.
MAN. ¡Pero criatura, si donde estoy yo no entran ni moscas!...
ALF. (Con intencion.) Sin embargo, pueden entrar mosquitos. No te hagas ilusiones, chico.
MAN. (Con gravedad.) Ten presente que la virtud de Elvira...
ALF. (Con intencion.) Sí. Ya sé lo que es la virtud de Elvira; virtud inexpugnable, virtud indomable, pero no es nada de eso.
MAN. ¿Cómo que no es nada de eso?
ALF. Es que todo marido debe estar al corriente de lo que hace su mujer, sea bueno, sea malo. Tú no lo estás, luego faltas á tus deberes, no lo dudes, faltas. Y yo como buen amigo... ¿eh?
MAN. Pues bien, voy á darte gusto.
ALF. Ten presente que nadie como yo se interesa por tu felicidad...
MAN. ¿Pues si supieras lo que hago yo por la tuya?
ALF. Qué, ¿has vigilado á mi mujer durante mi ausencia?
MAN. ¡Más que eso, hombre, más que eso!
ALF. ¿Más? ¿Qué más has hecho?
MAN. ¡Muchísimo más!... Ya te lo contaré otro dia.
ALF. ¡Muchas gracias, Manolo! Hasta esa modestia de no revelar tus servicios, te la agradezco profundamente.
MAN. Chico, que me confundes: lo que he hecho yo... cualquiera...
ALF. Ten presente, que procuraré pagarte en la misma moneda.
MAN. ¡No, no lo hago por eso!
ALF. Bueno, como quieras. Pero interroga á ese atun, y empieza á ser marido discreto.
MAN. ¿Lo crees necesario?
ALF. Imprescindible.

- MAN. (Con indiferencia.) Ventura.
- VENT. (Que habrá permanecido cuadrado, en el foro.) ¡Señuritu!
- MAN. Ven, aquí y habla bajo. ¿Ha venido álguien, mientras he estado fuera?
- VENT. ¿Mientras?... No, no, señuritu...
- MAN. ¿Y... la señora... ha tenido alguna visita?
- VENT. ¿Que si la señora ha?... ¿Sí, señuritu, ha?...
- MAN. (Á Alfredo.) Ha?...
- ALF. Ha?...
- MAN. ¿Mi primo el vizconde? (Rápido.)
- VENT. No, señuritu, no; el señuritu vizco...
- MAN. ¿Ha sido el general? (Id.)
- VENT. ¿Qué gueneral?
- MAN. Aquel tan grande y tan negro, que lleva unos bigotazos...
- VENT. ¡Ah! Comu vienen á la casa, lu menos ochenta guenerales...
- MAN. (Id.) Pero ¿ha venido ó no?
- VENT. Aquel tan grande, no.
- MAN. Pues, ¿quién ha venido?
- VENT. Pues ha venidu un mozu...
- MAN. ¿Mozo?
- ALF. (Á Ventura.) ¿Guapo?
- VENT. No, de cordel.
- MAN. ¿De cordel?
- ALF. (El mio.) (Á Manuel.) No opino bien.
- MAN. ¿Trajo algun mueble?
- VENT. Sí, señuritu.
- MAN. ¿Qué mueble?
- VENT. Una carta para la señurita.
- ALF. (Á Manuel.) ¿Te lo ha dicho?
- MAN. No, calla. ¿Y tú se la entrarías?
- VENT. Sí, señuritu, entrésela.
- MAN. ¿Y... se la viste abrir?
- VENT. Visela.
- MAN. ¿Y qué... qué hizo?
- VENT. Pues... nada: metió la uña y ¡zás!

- ALF. ¡Zás!
- MAN. ¡Zás! ¿Y... y dijo algo?
- VENT. No, no diju... ¡ah! sí, señorito, diju...
- MAN. ¿Qué dijo?
- VENT. Pues diju, diju. (Con misterio.) ¡Hola, hola?
- MAN. ¡Hola! ¡Qué significaría ese hola!
- ALF. ¿Qué quería decir con...
- MAN. ¡Hola!... (Como discurrendo.)
- ALF. ¡Hola!... (Id.)
- VENT. Ola es un pedazu de agua, señoritus.
- MAN. (Dándole un puntapié.) Y tú un pedazo de bárbaro. (Váse Ventura por el foro.)

ESCENA VII.

MANUEL, ALFREDO.

- ALF. ¿Lo ves?
- MAN. Lo veo, y conozco que el medio es humillante.
- ALF. Pero eficaz. Y todo es hasta acostumbrarse.
- MAN. ¿De quién será esa carta?
- ALF. De cualquiera. De la modista, ó de un retirado con quince hijos. Pero el hecho es que sabes que ha recibido una carta, y eso es lo importante.
- MAN. ¿Sabes que el que á tí te engañe, necesita ser largo!
- ALF. Y tan largo; como que necesita estar á mi altura, que no es pequeña.
- MAN. Veamos esa altura.
- ALF. Pues desde esta altura, sé que mi mujer es un ángel, lo que se llama un querubin.
- MAN. ¿Conque nada has observado, querubin?
- ALF. ¡Absolutamente nada! Verdad es que todavía no la he vigilado, ni la he visto, ni siquiera he preguntado por ella.
- MAN. ¿Pues entónces?...
- ALF. ¿Qué?
- MAN. Nada. (Que me alegro mucho.)
- ALF. Es que así como ella sigue siendo un ángel, yo sigo siendo un demonio; lo que se llama un demonío...

- MAN. Te creo, no has variado.
- ALF. ¡Qué he de variar!
- MAN. ¡En confianza, chico; yo tampoco!
- ALF. ¡Bravísimo! Pero cómo quieres que vigile á mi cónyuge, si desde que he llegado, estoy corriendo la aventura más deliciosa. ¡Qué mujer, chico!
- MAN. ¡No alces la voz! ¡La conozco yo?
- ALF. Sí; pero no tan bien como yo!... (Con intencion.) ¡Tú crees que es una cosa... eh?
- MAN. Y es otra.
- ALF. Eso es. Figúrate que salí de la fonda, con intencion de averiguar la vida de mi consorte durante mi ausencia; pero al llegar á la Puerta del Sol, ¡zás! doy un tropiezon, le piso el vestido á una mujer, vuelve la cara, me encuentro conque es una aristócrata á quien conozco; la saludo, le dirijo dos frases galantes, me sonrie, me animo, le dirijo otras dos...
- MAN. Siempre tan hablador...
- ALF. No, chico, me he corregido. Antes, como sabes, mi mayor placer era contar mis aventuras al primero que quería oirlas.
- MAN. ¡Era una imprudencia!
- ALF. ¡Terrible! Por eso he variado de sistema; pero todavía las cuento.
- MAN. Mira que el mejor dia...
- ALF. No tengas cuidado. Ahora se las cuento á los maridos. ¿Seré lagarto?
- MAN. ¡Á los maridos!
- ALF. Sí, hombre. Figúrate que yo obsequiára á tu mujer, y te dijera en confianza: querido Manolito, amo á una casada; me corresponde, y anoche me llamó pichou tres veces, en el baile de la embajada... ¿Á qué no pensabas que hablaba de tu mujer?
- MAN. ¡Qué había de pensar! Pero, entre paréntesis, ¿estuviste anoche en el baile de la embajada?
- ALF. ¿Qué, hubo baile en alguna?
- AN. En la inglesa: mi mujer estuvo...

- ALF. Y piensas ya... ¡Manolito, que me resiento!
- MAN. Bien, hombre; pero como el sistema me parece excelente, y donde ménos se piensa...
- ALF. ¿Temías que hiciese contigo la experiencia? No me insultes, Manolo. Sería gracioso que entre tú y yo...
- MAN. ¡Es verdad, entre amigos!...
- ALF. Pues oye, la amo, se lo escribo, me lo escribe, y ¡envídiame, chico! estoy próximo á tener una entrevista con ella... ¿Qué opinas?
- MAN. Opino bien y te envidio; pero todavía te falta esta friolerilla! (Saca la llave que guardó en el bolsillo del frac en la escena cuarta, y se la enseña con orgullo.)
- ALF. ¡Ah tunante! ¿De dónde es?
- MAN. ¡Del paraíso! Pues no eres poco curioso.
- ALF. ¡Tienes razón; calla y extermina!
- MAN. Pues qué, ¿te parece á tí que eres tú sólo quien pisa vestidos, recibe epístolas perfumadas, y se ríe de los maridos?
- ALF. ¿También es de la cofradía?
- MAN. Y también reciente.
- ALF. ¿Bonita?
- MAN. ¡Deliciosa! Candor en la mirada, inocencia en la sonrisa y el demonio en el cuerpo.
- ALF. ¡Será divina! ¿Y él?... El caballero de la triste...
- MAN. ¿Él? ¡Un mameluco, lo que se llama un mameluco! (Y lo eres!)
- ALF. Ya me parece verlo. Leviton azul, botas sin tacones, bufanda encarnada y anteojos verdes.
- MAN. Te equivocas. Es un pollo elegante, rico, y tonto de capirote.
- ALF. ¡Me alegre, hombre, me alegre!...
- MAN. ¡Lo que se llama de capirote! ¡Y cada vez me convenzo más!...
- ALF. Cómo te reirás de él, cuando le veas entrar en el teatro con su tórtola cogida del brazo, que te mirará dulcemente, mientras él le quita el abrigo, y le da los anteojos y...

- MAN. ¡Já, já, já!
- ALF. ¿Es gracioso, eh? Chico, esas escenas no tienen precio.
- MAN. Ni esos maridos tampoco. ¡Já, já, já!
- ALF. Ea, quédate riendo de ese bienaventurado; que yo me voy á cumplir con mi obligacion.
- MAN. ¿Tan pronto?
- ALF. Sí, necesito vigilar á mi mujer, y á la del pobre prójimo... ¡pobre prójimo!... Con franqueza. ¿Qué te ha parecido la táctica?... ¿Soy ó no soy lagarto?
- MAN. ¡Eres el rey de esos avechuchos!
- ALF. Pues aprende de mí.
- MAN. Sí, ya sé que no conviene fiarse de los criados, y que se le debe contar al marido...
- ALF. ¡Todo, absolutamente todo! ¡Los maridos son memos!
- MAN. Mira, tarambana, lo que podías hacer era venirme con nosotros, al teatro.
- ALF. ¿Pero no conoces que estoy espiando á mi mujer?
- MAN. ¿No es hoy veinticuatro?
- ALF. Sí.
- MAN. Pues ya puedes darte á luz.
- ALF. Tienes razon; iré con vosotros al teatro, os dejaré á las once, volveré á la fonda y desde allí á mi casa, como esposo amante que se apea del tren. (En este momento sale Clara por la derecha segundo término, cruza la escena y deja caer intencionadamente una carta.)
- CLARA. (Ap.) (Cometamos el descuido de dejar caer la carta.)
- MAN. ¡Chist Mira! (Señalando la carta.)
- ALF. Una carta que se le ha caido á la doncella de tu mujer.
- MAN. Ó que la ha tirado apropósito; yo creo que la ha tirado...
- ALF. Será para su novio... (Va á cogerla.)
- MAN. (Adelantándose.) No te muevas, á mí me pertenece la presa. (Coge la carta y la abre rápidamente.) ¡Presa importante!
- ALF. (Alarmado.) ¡Importante! ¿Será la que... trajo el... mozo de cordel?
- MAN. Ó será la contestacion á aquella.
- ALF. Entónces venga. (Que es para mí.)

- MAN. Toma...
- ALF. (Mirándola.) (No es su letra. ¡Bah! ¡La habrá desfigurado como yo!)
- MAN. ¿Pero lees ó no?
- ALF. ¡Sí! «Recibí tu carta y enviaré el utensilio.»
- MAN. ¡El utensilio!
- ALF. (¡La llave! ¡Ah valiente!)
- MAN. ¿Y qué me dices?
- ALF. Nada; que quedo enterado. (Se guarda la carta distraído.)
- MAN. ¿Pero qué haces, hombre?
- ALF. ¡Ah! Tienes razon; estaba distraído. (Le da la carta.)
- MAN. (Mirando el sobre.) Oye. ¿Conoces tú, á un tal don Domingo Seta?
- ALF. (¡Mi criado!)
- MAN. Dí, ¿conoces á algun Seta?
- ALF. ¡Seta, Seta! No conozco más Seta que... un lacayo negro de no sé quién, que está siempre á la puerta del Casino.
- MAN. ¡Y á ese negro, á esa Seta, le escribe mi mujer, porque es su letra, y le envía utensilios, cuya clase ignoro!
- ALF. (¡Ah! Sin duda ha oído mi voz, y de este modo tan ingenioso...)
- MAN. (¿Qué utensilio será ese?)
- ALF. (¡La llave, me enviará la llave... del paraíso!)

ESCENA VIII.

DICHOS y VENTURA, por el foro.

- VENT. Señoritu...
- MAN. ¡Ah! ¿Eres tú?
- VENT. Yo mismu, Ventura.
- MAN. (Rápido.) ¿Qué quieres?
- VENT. Dar un recadu...
- MAN. Dálo.
- VENT. La cosa es que...
- MAN. ¿Cuál es la cosa?

- VENT. No sé si debu...
- MAN. Vamos, habla.
- VENT. Señoritu, recomendárunme la indiscreción...
- MAN. (Rápido.) ¿Quién?
- VENT. (Id.) La señora.
- MAN. (Id.) ¡Ah! ¿Conque es para la señora?
- VENT. (Id.) Así diju.
- MAN. (Id.) Pues bien, dámelo á mí.
- VENT. Señoritu, recumendárunme la indiscrecion...
- MAN. No seas bruto, y habla pronto.
- VENT. En fin, ahí está un hombre.
- MAN. ¿Qué quiere?
- VENT. Ver á la señorita.
- MAN. ¿Te habrá dado su tarjeta?
- VENT. ¡No lu gasta, es una especie de negro! (Sonriéndose.)
- MAN. ¡Un negro! (Á Alfredo.) ¿Será Seta?
- ALF. (Sorprendido.) ¿Seta? (Pausa breve.)
- VENT. Yo me piensu que no trae setas, porque dice que es herrero.
- MAN. ¡Un herrero! (Sorprendido.) Esto se complica.
- ALF. (Con satisfaccion.) ¿Un herrero?
- VENT. Sí, uno de esus que hacen llaves y utensilios...
- MAN. (Irritado.) ¡Utensilios!
- ALF. ¡Ya!
- VENT. Seguramente, se le habrá descompuestu algu á la señora...
- MAN. ¡Yo sí que te voy á descomponer!... (¿Y qué culpa tiene este bárbaro?) Dile que entre, yo avisaré á la señora.
- VENT. ¡Usté! Señoritu, si recumendárunme la indiscrecion...
- MAN. ¡Vete ó te!... (Váse Ventura foro precipitadamente.)
- ALF. (Dándole una palmada en el hombro.) ¡La propia conciencia, chico!
- MAN. ¿Qué conciencia ni qué niño muerto?

ESCENA IX.

DICHOS y CLARA, seguida de un HOMBRE con blusa, por el foro, y la cara y las manos ligeramente tiznadas.

CLARA. Señorito.

MAN. (Volviéndose.) Qué.

CLARA. ¿Podemos pasar?

MAN. (Rápido.) No.

ALF. (Id.) Pero ¿sabes lo que dices?

MAN. ¿Que si sé lo que digo? Sí lo sé, he dicho que...

ALF. (Cariñosamente.) Has dicho que pase. ¿Á qué conduce decir que no? Deja que entre, deja que le encargue cuantas llaves quiera, y de lo demas... de lo demas nos encargaremos tú y yo. (Con mucha intencion.)

CLARA. ¿Pasamos?

MAN. (Á Alfredo.) ¿Es Seta ese?

ALF. ¿Qué ha de ser Seta!

CLARA. ¿Entramos?

MAN. ¿Pero está ya vestida la señora?

CLARA. Sí señor.

MAN. Entrad. (Clara y el herrero entran por la segunda puerta de la derecha.) ¡Oh! yo no he debido... (Se acerca rápidamente á la puerta.)

ALF. (Conteniéndole.) Ven aquí, y discurre. Esa carta ¿no ha podido ser escrita por tu mujer, en un momento de condescendencia, y pensada por su doncella, que de seguro no sabrá escribir, y tal vez esté enamorada de ese negro?

MAN. (Alegremente.) ¡Ah! si así fuese...

ALF. Además, entre tantas llaves como tendrá tu esposa, ha de ser precisamente la del jardín, la que vaya á encargarle á ese herrero?

MAN. ¡Oh! calla.

ALF. Calla tú, que salen.

ESCENA X.

DICHOS y ELVIRA, por la derecha segundo término.

- ELV. Ya estoy dispuesta: cuando quieras...
- ALF. ¡Señora!...
- ELV. ¡Alfredo! ¿usted por Madrid?
- MAN. Ya es nuestro, y esta noche viene al teatro con nosotros.
- ELV. Lo celebro mucho. ¿Y Cármen?
- ALF. ¡Cármen! Tan buena; tan buena; allá en casa se ha quedado haciendo estrellitas de crochet. (Ofrece el brazo á Elvira.)
- MAN. (Haciendo lo mismo.) Pues vamos, ¿eh?
- ALF. ¿Vamos? (Elvira se apoya en el brazo de Manuel y van hácia el foro.) (Como tonto la coge.) (Alfredo se queda con el brazo levantado. En este momento sale Cármen por la izquierda y se apoya en el brazo de Alfredo.)
- CARMEN. (Pellizcándole.) ¿Conque tú, ya en Madrid, y yo haciendo estrellitas, eh?
- ALF. ¡Mi mujer!... (Gran sorpresa.)
- CARMEN. ¡Ahora verás tú las estrellitas!
- ALF. ¡Ay! ay! ay!
- ELV. (Volviéndose.) ¿Pero con quién habla usted? ¡Cármen! ¡Cuánto me alegro!
- CARMEN. (Pellizcando á Alfredo.) ¿Ves las estrellitas? ¿las ves?
- ALF. ¡Ya las veo, ya las veo!
- MAN. (Sorprendido.) ¿Pero por dónde ha entrado usted?
- CARMEN. (Señalando la puerta del foro.) Por ahí. (Si me descuido un poco...) ¿Y cómo no ha ido usted á su casa? ¡Infame! (Á Alfredo.)
- ALF. (¡Ay! ay! ay!)
- ELV. (Á Alfredo.) ¿Pero no dijo usted que esta se había quedado haciendo estrellitas?
- ALF. Sí, dije... si dije... (¡Ay! ay! ay!)
- CARMEN. Y tiene razon; pero me cansé, y me dió la ocurrencia de venir... (¡Toma estrellitas!)

- MAN. ¡Magnífica ocurrencia!
- ALF. ¡Oh! Magnífica! (¡Ay! ay! ay!) (Á Manuel.) (Ofrécele el brazo, que me lo está taladrando.)
- MAN. ¿Carmencita? (La ofrece el brazo.) Supongo que vendrá usted á ver la *Lechuza*?
- CARMEN. (Lo acepta.) Con mucho gusto.
- ALF. (Á Elvira.) Elvirita, ¿qué lechuza es esa?
- ELV. (Aceptando.) Ya la verá usted. Vamos andando, que es muy tarde y yo quiero verla toda; vamos, vamos. Manuel.
- MAN. No tengas cuidado, mujer, que la veremos toda. (Vánse todos foro. En este momento salen Clara y el herrero del cuarto de Elvira.)

ESCENA XI.

CLARA, MANUEL, despues ALFREDO.

- CLARA. Que vuelva usted mañana sin falta. (Cruzan la escena y se va el herrero por la puerta de la izquierda.) Por aquí. (En el momento en que sale el herrero, entra Manuel precipitadamente por el foro.)
- MAN. (Cogiéndole una mano á Clara.) ¡Ven aquí! (Irritado.) Ven aquí!
- CLARA. ¡Ay! que me hace usted daño!
- MAN. ¿Y ese negro? (Rápido.) ¿Ese herrero?
- CLARA. (Rápido.) Se ha marchado ahora mismo.
- MAN. (Cólera.) ¡Se ha marchado! Yo lo cogeré. (Va hasta la puerta y vuelve.) ¿Y el otro negro! ¿Y el otro?
- CLARA. ¿Cuál?
- MAN. (Sacando la carta que dejó caer Clara.) Éste, éste, á quien le prometeis utensilios. ¿Seta? ¿Seta?
- CLARA. ¡Ay! ¡ay! señorito, cója... cójame usted, cójame usted.
- MAN. ¿Que te coja?...
- CLARA. Sí, sí, coja, coja... cójame usted, que me desmayo. (Se desmaya en los brazos de Manuel.)
- MAN. Y se desmayó. (Despues de una breve pausa.) ¡Cuidado que es bonita esta chica! ¿Qué pestañas, qué pelo, qué ore-

jita, qué boca, qué!...

ALF. (Foro precipitadamente.) Pero hombre, ¿encontrarás esa boquilla? ¡Ah! Tunante.

MAN. Mira, mira qué boquilla. (Señalando la boca de Clara.)

ALF. Efectivamente; es deliciosa. (Se acerca.) ¡Deliciosa! (Mucha animación hasta el fin del acto.)

MAN. ¡Pues y la barba! Repara bien qué barbita tiene más mona.

ALF. ¿Y ese hoyo de la izquierda? ¡Ay qué hoyo!

MAN. ¿Y esta peca?

ALF. ¿Qué peca?

VENT. (Por el foro.) ¡Señuritus, que si encuentran ustedes esa boquilla! ¡Que es tarde!

MAN. Sí, hombre, ven aquí; sostenla, y soplale entre ceja y ceja hasta que vuelva en sí. (Ventura la coge y empieza a soplar con todas sus fuerzas.)

ALF. Vamos, que sospecharán si tardamos. ¿Llevas la boquilla?

MAN. Sí, vamos. (Saca una boquilla del bolsillo y coloca en ella un cigarro.) Eso pasa pronto, es un síncope.

VENT. (Gritando.) ¡Señuritus!

MAN. (Deteniéndose.) ¿Qué?

VENT. Y si no se le pasa el cíclope, ¿qué hagu?

MAN. Nada, ahora avisaremos.

VENT. ¡Señuritus! ¿Y si se muere?

ALF. ¡Sopla!

MAN. ¿No sabes que la vida es un soplo? Pues sopla, y le das la vida.

ALF. y MAN. ¡Sopla! (Vánse precipitadamente y Ventura continúa soplando.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion. Sobre una silla de las colocadas en último término habrá una caja de pistolas de combate.

ESCENA PRIMERA.

VENTURA y CLARA.

Salen por el foro con un servicio de té para dos personas, y lo colocan sobre el velador.

VENT. Conque le dan á usted vértigus, ¿eh?

CLARA. ¡Sí señor, y á mucha honra!

VENT. No, si no lo digu con segunda; lo digu, porque se me murió en el pueblu una pollina, y me piensu que de esu mismu que le da á usted.

CLARA. ¿De lo mismo? ¡Borríco!

VENT. Nu señora! ¡era borrica! (Pausa breve.) Diga usted, Clarita; ¿y piensan seguir cenandu estu todú el inviernu?

CLARA. ¿Por qué no? Bien se conoce que, hasta ahora, no he servido usted en casas grandes.

VENT. Consistirá en esu; porque en mi pueblo, no se toma té más que una ú dos veces en toda la vida.

CLARA. ¿Cuándo se casan ustedes?

VENT. Nu señora; un par de días ú tres, ántes de darnus la

uncion.

CLARA. (Bueno estará tu pueblo!) (Pausa.)

VENT. Se me figura, Clarita, que á pesar de haber servidu usted en casas grandes, aún nu sabe servir el té.

CLARA. ¿Por qué, señor Ventura?

VENT. Porque siendo dos personas las que van á cenarlu, no ha traidu usted más que unu de estos chismes. (Cogiendo las tenacillas de servir la azúcar.)

CLARA. ¡Hombre, no sea usted animal!

VENT. ¿Pues qué, no se toma cun estu?

CLARA. No señor; si eso es para coger la azúcar... (¡Bestia!)

VENT. (Decididamente, esta chica tiene pocu pesquis!) (Pausa.)

CLARA. ¿No le parece á usted que hay algo de marea entre los señores?

VENT. Algu caléme.

CLARA. ¡Qué lástima! ¡Un matrimonio tan igual!

VENT. Entre nusotrus, hay más cariñu en los matrimonios.

CLARA. Usted está casado allá en la tierra, ¿verdad?

VENT. (Con aire triste.) Nu señora; estoy viudu, aquí... y allí tambien.

CLARA. ¿Estuvo usted casado mucho tiempo?

VENT. (Con aire triste.) Poca cosa; pero nos llevábamos comu dos águales.

CLARA. ¡Qué lástima!

VENT. Solamente tuvimus un quitame allá esas pajas...

CLARA. Pero de poca importancia, ¿eh?

VENT. Si nu fué nada; mas la infeliz se murió al dia siguiente.

CLARA. ¿Del disgusto, la pobrecita?

VENT. No; de un metidu que le pegué en el pechu. (Hace como que da un puñetazo.)

CLARA. (¡Habrà bárbaro!)

VENT. (Con tono melancólico.) ¡Siempre que me acuerdu, paréceme que se me desjarra!...

CLARA. ¿El corazon, de sentimiento? Lo creo.

VENT. Nu señora; el puño con que le pegué; ¡me hice un dañu!... (Hace ademan de pegar.)

CLARA. Silencio: los señores.

ESCENA II.

ELVIRA y MANUEL, foro.

Clara y Ventura les quitan los abrigos y se van. Elvira y Manuel se sientan al lado del velador; permanecen un instante en silencio. Manuel deja el sombrero sobre una silla, en primer término.

MAN. (Con intencion.) No me negarás, que has estado muy distraida toda la noche.

ELV. Á eso se va al teatro, á distraerse; y me he distraído. ¡Vaya si me he distraído!

MAN. ¡Elvira!

ELV. Aquí estoy. ¿Qué quieres?

MAN. Elvira, dime formalmente: ¿sabes lo que es la duda?

ELV. Sí; la duda es... lo que no se sabe si se sabe, ó si no se sabe. Ahí tienes una definición de primer orden.

MAN. Ahí tengo una tontería.

ELV. Pues súmala.

MAN. ¿Cómo que la sume?

ELV. Con las muchas que tienes.

MAN. Vaya, por lo visto, estamos de buen humor.

ELV. ¿Y por qué he de rabiarse, como han rabiado esta noche Carmen y su marido? Oye... ¿quién es el ganso que anda por medio?

MAN. (Desconcertado.) El... ¿el ganso que anda por medio?

ELV. Sí.

MAN. No sé.

ELV. ¡Pues debe ser grande, muy grande!

MAN. ¿Tú crees?...

ELV. Como si lo viera!

MAN. (¿Sabrá... ¡Imposible!) (Pausa breve) ¿Verdad que... es preferible llegar á la extincion del pensamiento, que mirarlo impotente un dia y otro, para satisfacer nuestros deseos?

ELV. Verdad.

MAN. ¡Y verdad amarguísima!

ELV. ¡Ay! Pues entónces, voy á echarte más azúcar. (Hace lo

que dice el diálogo.)

- MAN. (Rechazándola.) Gracias. (Pausa.) ¿No has dudado tú?
- ELV. Poco tiempo. La vez que más, este verano, cuando estábamos en el pueblo. Un día, que me empeñé en hacer conserva de melones con agua de Colonia, y tinta simpática con cabezas de escarabajos.
- MAN. Déjate de tonterías, y hablemos con formalidad.
- ELV. Hablemos con formalidad.
- MAN. ¿Quién te ha escrito esta tarde?
- ELV. Nunca te lo he preguntado; pero vas á saberlo. (Se levanta y entra en su cuarto.)
- MAN. (¡Al fin!)
- ELV. (Con un canastillo lleno de cartas.) Ahí tienes las que he recibido hoy. (Se sienta y continúa tomando el té.)
- MAN. (Coge una carta.) Con tu permiso.
- ELV. Tú te lo tomas.
- MAN. Derecho tengo. (Abre la carta y lee.) «Dos de Enero. Adorable marquesa.» Hola!
- ELV. Qué, ¿no soy adorable marquesa?
- MAN. (Leyendo.) «No nos deja dormir Susana.» ¿Qué Susana es esta?
- ELV. ¡Oh! Eso es muy grave. ¡Gravísimo! Continúa.
- MAN. (Leyendo.) «¡No nos deja dormir Susana! Envieme usted corriendo, á Zapiron.» ¡Al diablo con Zapiron! (Tira la carta.)
- ELV. ¿No te dije que era muy grave?
- MAN. (Abriendo otra carta.) «Al fin se compadeció usted de mí: al fin ha oído usted mis ruegos.» ¡Me parece que esto es algo!
- ELV. Y aun algos.
- MAN. (Leyendo.) «Espero pensando en usted. Adios, alma de mi alma. Adios, Elvira.» ¿Y esto?
- ELV. Nada: una simple cuartilla de papel, que no vale un maravedí.
- MAN. ¿Que no vale?
- ELV. No. El día en que yo me ponga á vender papel viejo, de cartas por ese estilo, truena el Rastro.

- MAN. ¿Y lo confiesas? ¿Tienes depósito?
- ELV. Lo tengo, y lo confieso. ¿Puedo impedir que me dirijan piropos por escrito? ¿Lo impedirías tú, si te los dirigieran?
- MAN. Sí, que jamás ha dicho un hombre discreto, á una mujer principal, si no aquello que ha adivinado en su mirada, que podía decirle.
- ELV. Pero como los hombres no sois discretos, sino que sois tontos. ¡Desengáñate, Manuel; sois tontos, y sobre todo^s los casados! ¡Oh! ¡Los casados!...
- MAN. ¿Qué, el autor de esa carta?...
- ELV. ¡Es casado, lo que oyes, casado!
- MAN. ¡Y se atreve el infame!
- ELV. ¡Verdad que es un crimen, siendo casado! ¿Tú no te atreverías?
- MAN. Oiga usted, señora. Esa carta no es la primera que ha recibido usted. ¿Acaso, el estilo de esa perfumada epístola, es el que corresponde á quien no tiene adquirido ningun derecho!
- ELV. ¡Mira lo que dices!
- MAN. Lo sé; como sé que aquella dulce felicidad de los primeros dias de nuestra union, ha desaparecido para no volver.
- ELV. Tú lo dices.
- MAN. (Colérico.) ¡Y tú tambien! Pues no extrañes que te olvide y desprecie, que te liberte de mi odiosa presencia, y (Alzando la voz.) vaya, ¡qué sé yo dónde! En busca de lo que aquí no tengo, en busca de ventura. (Ventura aparece en el foro.)
- VENT. Aquí estoy, señuritu.
- MAN. ¡Bárbaro!
- ELV. ¡Vete! (Váse Ventura.) ¿Hé ahí tu ventura?
- MAN. ¿Mi ventura?
- ELV. Ese es el símbolo de tu felicidad, y la de los hombres á la moda, como tú.
- MAN. ¿Qué es lo que quieres decir?
- ELV. Acabo al momento. ¡Qué son para vosotros vuestras es-

posas! Objeto de lujo...

MAN.

¿Eh?

ELV.

Como vuestros lacayos y vuestros caballos. Las buscáis bonitas, como á los unos barbilampiños, y á los otros gallardos y piafadores, porque así os gustan, ó porque así se estila. Os agrada y lisonjea que, hablen de vuestro coche, ¡ó vuestro jockey, en ¡el Casino, como de vuestra esposa en las revistas de los periódicos. Pero, el dia de mañana, tal vez os ocurra llamar á la puerta del cuarto de esa esposa, tan distinguida y tan amada... en el coche que os exhibe en la Castellana, y en el palco que os presenta al público con ella... y tal vez,... encontrareis esa puerta,... cerrada.

MAN.

¿Eh?

ELV.

El dia de mañana, ireis al extranjero, á sacar vuestros hijos de esos colegios donde aprenden... á olvidarnos; y al decirles ¡hé aquí vuestro padre! los angelitos, que no os han visto en tanto tiempo, os mirarán con curiosidad temerosa, en vez de arrojarse en vuestros brazos... ¡No es cierto que, esto es lo elegante, y lo aristocrático, y lo *chic*?

MAN.

¡Basta, basta!

ELV.

Pero no os aflijais por tamañas bagatelas. ¿Qué os falta á vosotros, para ser dichosos? ¿No teneis cuanto es preciso para la vida? Ahí están vuestro *groom*, y vuestro caballo favorito: aún vive vuestro sastre; aún está abierto el Real, aún hay animacion en el Casino; y si esto no es bastante, raro es el dia que no sentís sobre vuestro corazón, no prosáico remordimiento, que eso es antiguo, y de mal tono, sino el dulce contacto de la llave del jardín de alguna nueva cortesana. (Al decir estas últiuas palabras intenta meter la mano en el bolsillo del frac de Manuel)

MAN.

(Rechazándola.) ¡Eh! ¿Qué ibas á hacer, qué te has atrevido á decir?

ELV.

Por ventura, es mentira?

MAN.

¡Oh! Pero cómo sabes tú?...

ELV.

Hé ahí un carácter. En vez de pedir perdon por la falta

cometida, pregunta cómo se ha averiguado el delito, para no ser descubierto en adelante.

MAN. ¡Oh! qué vergüenza! Pero dí... ¿Quién te ha escrito esa carta? ¿Para qué has llamado al herrero, esta noche?

ELV. ¿Qué, osarías suponer?...

MAN. Nada; contesta.

ELV. Es decir; que no contento con olvidarme y envilecerte, supones que yo, á semejanza tuya, te olvido y me envilezco?

MAN. Contesta.

ELV. (Con desprecio.) ¡Válgame Dios! ¡Qué idea tendrán estos hombres de lo que merecen, cuando tan poco trabajo les cuesta creer, que les han dado su merecido!

MAN. ¿Pero, no contestas?

ELV. Sí: la persona que me ha escrito esa carta, me ha escrito ya otras cinco.

MAN. ¡Cinco! ¿Y nada he sospechado? ¡Oh! soy un imbécil.

ELV. ¡Pero no lo digas; resérvalo lo posible!

MAN. Elvira, ¿con qué derecho te burlas de mí; de mí, que acabo de descubrir tu indigno proceder, y puedo, para confundirte, presentar el contraste de una existencia dedicada exclusivamente, á tu cariño?

ELV. ¿Sí? Pues ven aquí, y responde. Tú, que eres hombre de mundo, tú que te precias y alabas, de adivinar en la mirada de la mujer, el secreto que guarda el fondo de su alma, tú que puedes presentar el contraste, mira á tu esposa, y óyela. (Se acerca á él, le coge las manos y dice lentamente.) Puedo mirarte y te miro, con la misma tranquilidad que el día de nuestros desposorios. ¿Puedes hacer otro tanto?

MAN. (Confuso.) ¡Elvira! (Dan tres golpes acompasados en la parte exterior de la primera puerta de la derecha.)

ELV. ¡Ah!

MAN. (Cogiéndole la mano violentamente.) ¡Elvira, tú mientes!

ELV. (Con dignidad.) Nunca, pero es imposible negarte lo que acabas de oír.

MAN. Y si tuvieras ese cinismo, (Se oyen tres golpes.) allí está

la impaciencia, pregonando el delito.

ELV. Tienes razon; es necesario que veas...

MAN. (Se dirige hácia la puerta) Y voy á ver.

ELV. (Deteniéndole.) Un momento. La muerte de ese hombre no disipará tus dudas; con sangre, no se puede escribir más que una palabra: ¡crímen! Y yo quiero que veas mi inocencia. (Nuevos golpes.)

MAN. ¿Tu inocencia? ¡Infame!

ELV. Habla bajo, porque si nos oye tu amigo...

MAN. ¿Mi amigo? ¿Te atreves á llamar amigo mio, á ese hontote?

ELV. ¡Chist! Que lo ahuyentas.

MAN. ¡Luego, sabes quién es?

ELV. No se me ocurre que pueda ser más que uno.

MAN. Ni á mí tampoco.

ELV. ¿Sabes?...

MAN. Y tengo pruebas. Que has recibido su carta, lo sé, porque me la has enseñado: que le contestas, tambien, porque aquí tengo una de tus respuestas!... (Saca la carta que dejó caer Clara en el acto primero.) ¡Niégame ahora que le has enviado el utensilio, la llave!

ELV. (Riéndose.) ¿Y lo crees?

MAN. ¡Niégame que has descendido hasta la ínfima clase de los lacayos, y de los lacayos negros!

ELV. (Riéndose.) ¿Y lo crees?

MAN. ¿Y te ries? ¿Te ries teniéndome á tu lado, y tras esa puerta, al negro Domingo Seta?

ELV. Pero hombre, ¿y crees posible, que entre una seta negra, y tú, escogiese yo... la seta negra? (Nuevos golpes. Manuel va hácia la puerta.)

MAN. ¡Oh! Calla. (Abre rápidamente la caja de las pistolas y coge las dos.)

ELV. (Deteniéndole.) Aguarda, porque el que llama no es el novio de mi doncella, es un amigo tuyo, pero muy amigo!

MAN. ¿Quién es? (Yendo hácia la puerta.)

ELV. Es...

MAN. ¿Quién es?

- ELV. Es... Alfredo.
- MAN. (Parándose de repente.) ¡Quién? ¡Alfredo!
- ELV. Sí, hijo, Alfredito.
- MAN. ¡Alfredo! ¡Imposible!
- ELV. ¡Imposible! (Nuevos golpes.) Pues ahí le tienes.
- MAN. ¡Él! ¡Alfredo, mi mejor amigo!
- ELV. Pues qué, ¿no sabes que con los amigos se vive?
- MAN. ¡Oh! ¡Pero eso sería una infamia!
- ELV. Que tú no serías capaz de cometer... ¡Y con un amigo!
¿Verdad?
- MAN. (Desconcertado.) ¿Yo?... (Nuevos golpes.) ¡Ira de Dios! (Yendo hácia la puerta.)
- ELV. (Llevándole al foro.) Calla, y juzga.
- MAN. (Resistiéndose.) Déjame, quiero confundirle, quiero matarle!
- ELV. Á su tiempo, hombre, á su tiempo.
- MAN. (Luchando con ella.) ¿Y crees tú, que puedo esperar un solo instante? ¡Suelta!
- ELV. Pues bien, abre; mátales, y te harás asesino, me deshonrarás y te deshonrarás de un solo golpe. Anda, anda, si estás loco.
- MAN. ¡Pues bien, abre; yo escucharé! Quiero convencerme con mis propios ojos. Él, ya no sale de aquí. (Váse por el foro y se oye cerrar la puerta por fuera.)
- ELV. ¡Ah! ¿Tú cierras por fuera? Pues yo por dentro; y ahora, maridito, préparate á rabiarse un poco. (Cierra también la puerta de la izquierda.)

ESCENA III.

ELVIRA, ALFREDO, con el traje en completo desórden y lleno de polvo. En la cara, lleva tres ó cuatro arañazos. MANUEL al paño y despues dentro. Elvira abre con precaucion, la puerta colocada á la derecha, en primer término.

- ALF. (Aasomando la cabeza y con voz muy débil.) ¿Y... ese?
- ELV. (En el mismo tono.) ¡Ah! ¿se ha atrevido usted?
- ALF. (Entra cojeando.) Sí... sí... me he... atrevido. ¿Y ese?
- ELV. ¡Oh! váyase usted, váyase usted por Dios!

- ALF. ¿Que me vaya? ¿Dice usted... que me vaya? ¿Dice usted... que me vaya? Cuando usted... en el teatro.. me animó...
(Se deja caer en una silla y se levanta rápidamente.) ¡Ay!
- ELV. Sí, hombre, váyase usted. Si Manuel nos oyera, si nos pescase!...
- ALF. (Con terror.) ¡Es verdad, si nos pescase!... Pues bien. ¡Que nos pesque, porque yo no puedo con mi alma! (Se deja caer sobre un sofá y se levanta rápidamente.) ¡Ay!
- ELV. Pero qué le ha pasado á usted? Viene usted hecho una lástima!
- ALF. ¡Más bajo, Elvirita, por Dios! ¡Que nos va á oír!...
- ELV. Sea usted breve, y márchese.
- ALF. Sí, me iré; me iré en cuanto tome aliento. ¡Ay! (Encoge una pierna.)
- ELV. ¡Pero qué le ha pasado á usted!
- ALF. ¿Qué me ha pasado?... Esperaba con ánsia lá... (Hace ademán de abrir una puerta.) ¡Ay!
- ELV. ¡No fué posible!
- ALF. Pero decidido á ver á usted esta noche, vine á pasearme junto á las tapias de su jardín. ¡Uff! (Siempre cojeando.) La casualidad, me puso ante los ojos, la escalera de un sereno. Nadie pasaba, la arrimé, subí, temblando de gozo, y desde ella me puse á caballo sobre el lomo de la tapia; pero ¡ay! al tomar dicha posición, al divisar lleno de alegría, esa puerta... ¡me clavé siete cascós de botella! ¡Uff! (Encoge una pierna, cuyo juego repetirá frecuentemente.)
- ELV. ¡Y todo por mí! Quiere usted un bote con árnica, unas hilitas, tafetan inglés, vinagre?...
- ALF. No, muchas gracias, muchas gracias. (Cómo me ama!)
- ELV. ¿Pero, se le han quedado á usted dentro, los siete cascós?
- ALF. No; todos creo que no; pero lo ménos cinco.
- ELV. ¿Cinco lo ménos?
- ALF. Lo ménos. ¡Ay! (¡Cómo me ama, y cómo me duele!)
- MAN. (Dentro.) ¡Yo te daré los siete!
- ELV. Siga usted. Una vez clavados los siete cascós...
- ALF. Volví la cabeza, y me encontré con un camueso.
- ELV. ¿Y se hicieron ustedes amigos?

- ALF. ¡Elvirita!...
- ELV. Lo digo, porque, se trasladaría usted desde la tapia al camueso!
- ALF. Sí, efectivamente; me trasladé al camueso.
- ELV. ¿Las probó usted? ¡Son riquísimas!
- ALF. ¿Qué dice usted? ¿Cómo habían de llamar mi atención las camuesas, cuando mi único pensamiento era usted?
- ELV. Es verdad, entre las camuesas y yo...
- ALF. ¡Usted, señora, usted siempre! ¡Uff!
- ELV. Gracias por la preferencia. Adelante.
- ALF. Ya en el camueso...
- ELV. Dejemos el camueso.
- ALF. ¡Ay! sí, dejémoslo; porque ha sido la cosa más fácil del mundo... deslizarme por él, romperme los pantalones y el chaleco, hacerme tres arañazos en la cara, y llegar hasta los piés de usted. (Se arrodilla.)
- ELV. ¡Amigo mio, somos unos imprudentes!
- ALF. (Levantándose.) ¿Por qué? ¡Uff!
- ELV. Por todo. ¡Qué verdad es que el amor es ciego!
- ALF. (Encogiendo una pierna.) ¡Y tanto! ¡Si yo hubiera mirado!... ¡Uff!
- ELV. ¡Horrorícese usted, Alfredito!
- ALF. (Con entusiasmo.) ¡Alfredito? ¡Cómo me ama, y cómo me escuece!
- ELV. Mi marido, se ha apoderado de nuestra correspondencia.
- ALF. ¡Ay Dios mio! Afortunadamente, desfiguré la letra... ¡Ay!
- ELV. Pero no se apure usted tanto.
- ALF. ¡No, si es que me quejo, porque me escuece mucho!
- ELV. Lo siento; porque yo tengo la culpa de todo, pues desde hace cinco días, desde que usted se me ha dirigido, no sé dónde tengo la cabeza, ni reparo dónde pongo las cosas.
- ALF. (Llevándose á atrás las manos.) ¡Ay! ¡Yo tampoco reparo, dónde las pongo!
- ELV. Así es que, debemos suprimir la correspondencia.

- ALF. ¡Eh!
- ELV. Siendo usted el mejor amigo de mi esposo, usted entra, sale, me habla, le cito, me cita...
- ALF. (Dando un salto.) ¡Verdad que es una ganga? ¡Uff! (Como resentido por el salto.)
- ELV. Conque vengan mis cartas.
- ALF. ¿Sus cartas de usted?
- ELV. ¿No las lleva usted sobre el corazon, como le encargué?
- ALF. (Sacando un paquete.) ¡Ah! sí, aquí están. (Elvira lo coge y lo conserva en la mano.) Sobre el corazon.
- ELV. (Acercándose á la puerta por donde entró Alfredo.) Me parece haber oido... ¡oh! ¡Alguien viene.
- ALF. ¿Será Manuel? Cierre usted por Dios. (Con terror.)
- ELV. (Echando la llave.) Ya está cerrada.
- ALF. Y... ¿qué hacemos, Sí.. sí.
- MAN. (Dentro y golpeando la puerta.) ¡Abre, abre pronto!
- ALF. (Con terror.) ¡Manolo!
- ELV. ¡Estamos perdidos!
- ALF. ¿Estamos perdidos? ¡Pues señor, noche completa!
- MAN. (Dando golpes.) ¡Abrid, infames, abrid!
- ELV. (Á Alfredo.) Yo creo que debemos abrir.
- ALF. ¡No, no debemos abrir! (Va hasta el foro y examina la puerta: luégo va á la de la izquierda.) ¡Cerrada! ¡Cerrada tambien! ¡Me he divertido!
- MAN. No puedes huir, tunante; te he cortado la retirada!
- ELV. Aún le queda á usted el balcon.
- ALF. ¡Ah! ¿Todavía me queda el balcon? (Yendo al balcon y abriéndolo.) ¡Bonito salto! (Retrocede.)
- MAN. ¡Preparaos, porque vais á morir los dos!
- ELV. ¡Manuel, no te precipites!
- ALF. ¡Hombre, Manuel, no te precipites!
- MAN. Abrid, ó hago fuego sobre la puerta.
- ELV. ¿Qué vas á hacer, Manolo?
- ALF. ¡Manolito, vengamos á una transaccion!
- MAN. No hay transaccion que valga. ¡Abrís, ó salto la cerradura?
- ALF. ¡Caramba, esto no me gusta!

- ELV. Y á mí tampoco.
- MAN. ¡Abrís? ¡Á la una! (Golpes.)
- ALF. Ya!... ¡Ya vamos! (¡Quién me habrá metido á mí en estos lios!)
- MAN. ¡Á las dos! (Golpes.)
- ELV. Manuel, serénate!
- ALF. ¡Manolito, vengamos á una transaccion!
- MAN. ¡Á las tres! (Golpes.)
- ELV. (Con voz bastante alta.) ¡Huya usted por el balcon, por el balcon! (Abre rápidamente la puerta, ocultando tras ella á Alfredo. Manuel, con un par de pistolas en la mano, entra precipitadamente, se dirige hácia el balcon, levanta dos ó tres colgaduras, etc., etc. Aprovechando este momento, Elvira hace salir á Alfredo al jardin, cierra la puerta y guarda la llave. Alfredo, entró con el sombrero puesto, y se va de la misma manera.)

ESCENA IV.

ELVIRA, MANUEL, sin sombrero, despues ALFREDO, dentro.

- MAN. ¿Dónde está ese infame?
- ELV. Se fué.
- MAN. No. (Mirando al balcon.) Por ahí, no hay quien salte; esas puertas las he cerrado yo para cortarle la retirada y... (Al ver el sombrero que dejó él sobre una silla, en la escena segunda.) aquí está todavía su sombrero. Lo mismo haría con él, lo mismo. (Se sienta sobre su sombrero. Pausa breve.) En cuanto á tí, si no te mato esta noche, lo que podrá suceder, te enviaré mañana con tu ilustre madre, para satisfaccion de la familia.
- (Desde el principio de esta escena, Elvira estará jugando con el paquete de cartas que, le dió Alfredo, en la anterior. Manuel lo coge rápidamente.)
- ELV. (Como sorprendida.) ¿Qué haces?
- MAN. Apoderarme del cuerpo del delito.
- ELV. Trae esas cartas, Manuel, trae esas cartas.
- MAN. No quiero.
- ELV. ¡Dámelas, dámelas; te lo pido por lo que más ames, por

tu vida!

MAN. (Abre una.) ¡Ah! ¿Son interesantes? Pues voy á leerlas. ¡Eh! ¿Qué es esto? No puede ser: pero sí, no hay duda. (Leyendo.) «Que... querruedo mio.» Yo conozco este ruedo. (Abre otra.) ¿Y esta?... ¿Tambien esta? «Querruedo.» ¡Otro ruedo! Pero ¿de dónde has sacado estos ruedos? Digo, ¿estas cartas? Y ¿por dónde se ha ido ese hombre?

ELV. (Señalando un mueble cualquiera.) Las cartas las he sacado de aquí.

MAN. (Sorprendido.) ¡Eh?

ELV. Encontré esta correspondencia sin fechas ni firmas, me escribió tu buen amigo, y me decidí á ser esposa culpable, enviándoselas una á una.

MAN. ¡Pobre Alfredo! (Las que su mujer me... ¡tiene gracia!)

ELV. Vamos, abre, y guarda estas cartas con las demás.

ALF. Pero... ¿Cómo has abierto otras veces?

ELV. Con una llave que se me ha perdido; por eso he llamado al herrero.

MAN. (Arrodillándose.) ¡Ah! Eres un ángel.

ELV. Y tú, un demonio de tres al cuarto.

MAN. Y de ménos si quieres; de ménos, de ochavos morunos. ¡Y yo que te creía culpable! Toma, pégame un tiro. (Le da una pistola.)

ELV. (Cogiéndola y apuntándole.) ¿Sí? Pues reza lo que sepas mejor.

MAN. ¡Caracoles!

ELV. Reza, ¿ó dime quién es ella?

MAN. (Sonriendo.) ¡Ella?... Vamos, estáte quieta.

ELV. ¿Quién es ella? Necesito saber de quién debo guardarme.

MAN. Pues ella... es... es... vamos, no juegues con las armas.

ELV. (Apuntándole.) ¿Quién es ella? He dicho.

MAN. Mira, no es decente revelar ciertas cosas.

ELV. (Id.) ¿Quién es ella? ¡Pronto! ¿Quién es ella?

MAN. Pues ella es... pero no te enfades...

ELV. No, dispararé sin enfadarme.

MAN. ¡No seas loca! Es la mujer de Alfredo.

- ELV. ¡De tu mejor amigo! ¿Y cómo no ha conocido la letra, cuando yo le he enviado esas cartas?
- MAN. ¡Porque es tonto de capirote! (Dan varios golpes en la puerta del jardín.) ¡Eh! Quién llama..
- ALF. (Dentro.) ¡Abre, canalla, abre pronto!
- MAN. ¡Adios mi dinero! ¿estaba ahí? (Mucha animacion hasta el fin de la escena.)
- ELV. ¿Púes dónde había de estar?
- ALF. ¿Conque soy tonto de capirote? ¿Eh?
- MAN. ¡No, hombre, no, eres muy listo!
- ALF. ¿Conque era mi mujer?
- MAN. No; lo dije por hacerte rabiar.
- ALF. Abre, tunante, ó disparo una carabina de dos cañones, que me he encontrado!
- ELV. ¡Adios! ¡Pescó la del jardinero!
- MAN. ¡Y la carga siempre hasta la boca! (Acercándose á la puerta.) ¡Alfredito, vengamos á una transaccion!
- ALF. ¡Á la una! ¡Que disparo!
- ELV. Yo creo que debemos abrir, porque tiene más razon que un santo.
- MAN. Pues no debemos, no debemos, por lo mismo que la tiene.
- ALF. ¡Á las dos! ¡Que tiro!
- MAN. ¡Pero hombre, no seas bárbaro!
- ELV. ¡Alfredo!
- ALF. ¿Qué?
- MAN. ¡No seas atroz, Alfredito! ¡Vengamos á una transaccion!
- ALF. Que disparo, que disparo los dos tiros á un tiempo!
- ELV. Yo voy á abrir.
- MAN. Aguarda, mujer, aguarda, ¡qué prisa corre!
- ALF. ¡Á las tres! ¡á las tres!
- MAN. Hombre, ¡no seas bárbaro!
- ELV. (Á Alfredo.) ¡Alfredo! Usted va á darme la carabina; Manuel me ha dado ya las pistolas.
- MAN. (Dándole á Elvira la pistola.) Toma. (Á Alfredo.) Ya ves que te doy ejemplo. (Muy cariñosamente.) ¿Accedes, Alfredito? ¿Accedes?

- ALF. (Después de una breve pausa.) **Accedo.** (Elvira abre la puerta.)
ELV. La carabina, venga la carabina.
ALF. Ahí va.
MAN. ¡Ah! ¡respiro! (Alfredo le da la carabina y entra sin mirar á Manuel. Elvira deja la carabina en una silla y se coloca con las pistolas en el centro del escenario. Alfredo queda á la derecha, y Manuel á la izquierda. Elvira cierra la puerta.)

ESCENA V.

ELVIRA, MANUEL, ALFREDO.

- ALF. (Después de una breve pausa.) ¡Por qué me miras?
MAN. ¿No se te puede mirar?
ALF. No.
MAN. ¿Por qué?
ALF. ¡Porque eres un canalla!
MAN. ¿Más eres tú?
ALF. ¿Yo? (Se lanza sobre él.)
MAN. ¿Á mí tú? (Id.)
ELV. (Apuntándoles con las pistolas.) ¡Alto, ó disparo! (Pausa breve.) ¡Bonita situación á la que han llegado ustedes! Ayer eran amigos; ayer, había entre los dos, completa confianza y cariño inmenso. Aquí, esta misma noche, se contaban ustedes sus planes amorosos, su sagacidad y agudeza incomparables, para guardar á las guardadoras de su honor; y rivalizándolo, en lo que no quiero nombrar, se mofaban ustedes de unos pobres maridos, á quienes pensaban robar, por breve momento de deleite, su alegría, su felicidad, todo un porvenir de paz y de ventura.
MAN. (Lo sabe todo!)
ELV. Hoy, gracias á Dios, todo está realizado. ¿No han trazado ustedes tan bien las líneas de esos famosos planes, que han venido á encontrarse en este sitio? ¡Pues dénse ustedes la enhorabuena! ¿No se hallan ustedes frente á frente de esos infelices, bonachones, y cándidos maridos, á quienes querían conocer para reírse de ellos? ¡Pues ríanse ustedes á carcajadas, como yo lo hago! ¡Já,

já, já, já!

MAN. ¡Elvira!

ALF. ¡Señora!

ELV. ¿No se rien ustedes? Pues por eso lo hago, para evitarles esa molestia. ¡Já! ¡já! ¡já! (Pausa.)

MAN. ¡Alfredo!

ALF. ¡Qué!

MAN. Ni tú, ni yo, podemos retroceder con decoro, de la situación en que nos hallamos.

ELV. Con decoro no, y me alegro mucho.

MAN. y ALF. ¿Por qué?

ELV. Porque, ya que han demostrado ustedes, que no tienen absolutamente, ninguna de las condiciones que la moral y el sentido comun exigen, para desempeñar el cargo de marido...

MAN. y ALF. ¿Cómo ninguna?

ELV. ¡Ninguna! Pero, al ménos es satisfactorio, ver que tienen ustedes un poco de dignidad, y algo de valor.

ALF. Yo no he puesto nunca en duda, el valor... mio!...

MAN. ¡Ni yo el mio!

ELV. Lo celebro. Porque así se batirán ustedes á muerte, y quedarán como buenos.

ALF. Sí señora, nos batiremos á muerte, y quedaremos como muertos!

MAN. Claro: ¡si nos batimos á muerte!

ELV. Es á lo ménos, á que deben ustedes batirse.

ALF. Pero ¡qué ganas tiene usted de que nos abramos en canal!

MAN. Es verdad, se te conoce que deseas vernos abiertos!

ELV. No lo deseo; pero conozco que están ustedes furiosos, y como no hay otro remedio...

ALF. (Con indiferencia.) Sí, estamos furiosos.

MAN. (Con tristeza.) ¡Y no hay otro remedio!

ELV. ¡Se me ocurre una idea muy importante!

ALF. (Con alegría.) ¡Veamos esa idea!...

MAN. (Id.) ¡Á ver esa idea?

ELV. No me parece oportuno ni necesario, que se entere el

mundo, de la causa que motiva el desafío.

MAN. ¡Dale con el desafío!

ALF. Tiene razon Elvira.

MAN. La tiene.

ELV. Por lo tanto, mañana, en el Casino, y cuando haya más gente, empiezan ustedes á disputar, sobre política, ó sobre cualquiera otra tontería por el estilo.

MAN. y ALF. Aprobado.

ELV. En el calor de la disputa, Alfredo te llamará animal. (Á Manuel.)

MAN. No, perdona; yo me encargo de llamarle animal, en el calor de la disputa.

ALF. Bien. Yo te llamaré bestia en seguida.

ELV. Perfectamente: el uno bestia, y el otro animal.

MAN. (Alzando la voz.) Entónces, yo irritado...

ALF. Entónces, tú, irritado, coges una botella para tirármela á la cabeza.

MAN. Y tú, otra en seguida.

ALF. No; yo me anticipo, y te pego tres bofetadas.

ELV. ¡Muy bien dispuesto, muy bien!

MAN. Poco á poco; las tres bofetadas te las pegaré yo.

ALF. Hombre, ¿por qué razon?

MAN. ¡Porque á mí, nadie me pega tres bofetadas!

ELV. ¡Pero, alguno tiene que pegarlas!

ALF. ¡Ya ves que es necesario!...

MAN. Pues si es necesario, me presto á ello gustoso; te las pegaré.

ALF. (Irritado.) ¡Y por qué no yo?

ELV. Mira, á mí me parece, que debe pegártelas Alfredo.

ALF. Tiene razon tu mujer. Yo te las pegaré.

MAN. (Lanzándose sobre él.) ¿Que me las pegarás tú? ¡Monote!

ALF. ¿Monote á mí? (Id.)

ELV. ¡Alto, señores! ¡Á que soy yo quien pega las tres bofetadas? (Se interpone con las pistolas y los contiene.)

MAN. Las tres bofetadas las pegará quien pueda. ¡Yo!

ALF. (¡Se las pegaré yo!) Buenas noches. (Suenan tres golpes en la puerta del jardín)

- MAN. ¿Habeis oido?
ALF. Sí.
ELV. ¿Quién será, á estas horas?
MAN. (Cogiéndole una mano violentamente.) Tú debes saberlo mejor que nadie; responle. ¿Quién es? ¿Á quién esperas?
ELV. Á nadie. (Deja las pistolas.)
MAN. (Nuevos golpes.) ¡Mientes! (Se dirige hácia la puerta.)
ELV. No miento; pero... ¡ah! (Se deja caer sobre una butaca como confundida, pero sonriendo de modo que el público lo vea.)
MAN. Ahí la tienes: anonadada, confundida por el peso de sus crímenes! Diga usted, señora... ¿Conque mi amigo Alfredo era el número dos? ¿No responde usted? ¿No? Voy á ver quién es el número uno. (Se dirige hácia la puerta.)
ELV. (Levantándose.) ¡Oh! no, por piedad!
MAN. ¡No hay piedad que valga! (Nuevos golpes. Se acerca á la puerta.) ¿Quién es?

ESCENA VI.

DICHOS y un LACAYO, dentro.

- LAC. (Acento americano.) Servior.
MAN. y ALF. (Rápido.) ¿Servidor?
MAN. (Id.) ¿De quién?
LAC. (Id.) ¡De usted!
ALF. (Id.) Yo conozco esa voz...
MAN. (Tratando de abrir.) Yo no; pero voy á conocer á su dueño. (Rápido hasta el fin de la escena.)
ALF. Aguarda. ¿Quién eres?
LAC. ¡Domingo!
MAN. ¿Seta?
LAC. El mimo.
MAN. ¿Eres negro?
LAC. ¡Nego!
MAN. ¡Negro!
ELV. ¡El negro! (Dejándose caer sobre una silla y sonriendo para el público.)
ALF. ¡Mi negro!
MAN. ¡Qué horror! señora: salga usted á recibir á su amante,

el negro Domingo Seta.

ALF. (Abriendo la puerta.) ¿Qué buscas aquí, negrito? (Cármén entra rápidamente.) ¡Mi mujer! Esta es la más negra!

ESCENA VII.

DICHOS y CÁRMEN.

CARMEN. La misma.

MAN. (Cármén aquí?...)

ALF. (Cogiéndola una mano violentamente.) Venga usted aquí, señora.

ELV. (Poniéndose en pie.) (Ahora va á ser ella.)

CARMEN. (Á Manuel, que va á salir al jardín.) ¿Adónde va usted?

MAN. ¡Á estrangular ese negro!

CARMEN. Ese negro, no ha hecho mas que cumplir mis órdenes, siguiendo primero á mi marido, hasta verle escalar las tapias de ese jardín...

ALF. (¡Maldito negro!) (Suelta la mano de Cármén.)

CARMEN. Y acompañándome despues, á sorprender al culpable.

MAN. ¿Pero, cómo ha entrado usted?

CARMEN. Con esta llave, que ha sido enviada á mi buen esposo, y que yo he recibido á mi vuelta del teatro.

ALF. (¡Finis coronat opus!)

MAN. (Á Elvira.) ¡Oh! Al fin se la enviaste: esto ya no tiene solucion, no la tiene.

ALF. No, porque en ese bolsillo, llevas tú la del jardín de mi casa.

CARMEN. (Tranquilamente.) ¿Y qué?

ELV. (Tranquilamente.) ¿Y qué?

MAN. ¿Qué? Que ahora verán ustedes, las consecuencias de nuestra debilidad, y de sus ligerezas.

ALF. Tiene razon Manolo: si nosotros hemos faltado, ustedes tambien han delinquido. Justo es; que todos suframos las consêcuencias.

MAN. (Cogiendo las pistolas.) Vamos, pues.

ALF. Vamos.

CARMEN y ELV. ¿Á dónde?

MAN. Donde debemos.

- ELV. ¡Pero como yo te perdono!...
- CARMEN. ¡Y yo tambien á tí!
- MAN. Ya es tarde.
- ALF. ¡Suelta!
- ELV. ¿Pero no conoces, que estamos de acuerdo?
- CARMEN. ¡Pero, si hasta las cartas no están escritas por mí!
- ALF. ¡Vamos, suelta!
- ELV. Si no, sí no te irás! (Luchan.)
- CARMEN Si no he de dejarte! (Luchan.)
- MAN. ¿No? ¡Ahora lo verás! (Despues de luchar con Elvira la arroja sobre una butaca y corre hácia la puerta.) ¡Gracias á Dios!
- ALF. (El mismo juego con Cármen.) ¡Al fin! Vamos.
- MAN. ¡Pronto! (Vánse por la puerta del jardin, y la cierran por fuera.)

ESCENA VIII.

ELVIRA y. CÁRMEN, despues MANUEL.

Ambas se arrojan sobre la puerta y la golpean.

- ELV. ¡Abrid, abrid por Dios!
- CARMEN. ¡Abrid, en nombre del cielo!
- ELV. ¡Manuel! (Gritando.)
- CARMEN. ¡Alfredo! (Id.)
- ELV. (Corriendo hácia el foro. Á Cármen.) Toca, toca ese timbre, á ver si nos oyen. Toca las campanillas. (Cármen hace lo que indica el diálogo.) ¡Ventura! ¡Clara!
- CARMEN. ¡Ventura! ¡Clara!
- ELV. ¡Más fuerte, mujer; más fuerte! ¡Pero qué haces que no gritas? ¡Venturaa!
- CARMEN. (Á la puerta del jardin.) ¡Alfredo! ¡Alfredo!
- ELV. (Á la puerta del jardin.) ¡Manuel! ¡Manuel! (Suenan dos detonaciones.)
- CARMEN. ¡Jesús me valga!
- ELV. ¡Ay! Dios mio. (Caen desmayadas.)
- CARMEN. (Incorporándose un poco despues de una breve pausa.) Se me figura que vienen. ¿No oyes?
- ELV. ¡Oh! sí: se acercan. (Aplican el oido.)

- CARMEN. Ahora no oigo. (Aplicando el oído.)
ELV. (Alegremente) Yo sí; suben la escalerilla: ¿no oyes?
CARMEN. (Alegremente) ¡Ah! También yo. Pero...
ELV. ¿Qué?
CARMEN. Se me figura que no... sube más que uno.
ELV. ¡Ah! ¡Si fuera Manuel!
CARMEN. ¡Si fuera Alfredo!
ELV. Ya, ya llega: más cerca, más: ¡ya está aquí!
CARMEN. ¡Alfredo!
ELV. ¡Manuel! (Se abre la puerta y aparece Manuel: en la mano izquierda lleva una pistola: la derecha la trae envuelta en un pañuelo, sobre el que se perciben manchas de sangre.)
ELV. (Abrazándole.) ¡Manuel de mi alma!
CARMEN. (Deteniéndole.) ¿Y mi Alfredo, vive?
MAN. Sí.
CARMEN. ¿Vive y no viene? ¡Oh! Dios le perdone á usted. (Váase rápidamente por la puerta del jardín.)

ESCENA IX.

ELVIRA y MANUEL.

- ELV. ¡Sangre!... ¡Dios mío! ¡sangre! ¿Qué es lo que tienes?
(Le coge la mano.)
MAN. No es nada, un dedo atravesado.
ELV. ¡Oh! Voy corriendo... (Dirigiéndose á la puerta del foro.)
MAN. ¿Adónde vas? (En este momento se abre la puerta del foro y entran Clara y Ventura. Elvira se detiene.)

ESCENA X.

DICHOS, VENTURA y CLARA.

- VENT. ¿Son ladrones, señuritus?
MAN. No: he sido yo... que paseándome por el jardín... he tenido la ocurrencia de matar una lechuza...
ELV. (¡Ah!)
MAN. Pero con tan mala suerte, que se me ha reventado la pistola. (Se sienta.)
ELV. Id á llamar al médico, corriendo. (Á Manuel.) ¿Te duele

mucho? (Vánse los criados.)

MAN. No.

ELV. Pero deja que te lo cure, como pueda.

MAN. ¡No! Cuando el doctor venga...

ELV. ¿Y... la pobre Cármen?

MAN. Á Alfredo, creo que lo he dejado sin narices; y ambos estarán ya en el coche que condujo á Cármen. (Elvira trata de ver la herida de Manuel.)

ELV. ¡Oh! ¿Qué habeis hecho?

MAN. Sin embargo, más podía haber sido. Todos hemos jugado con fuego.

ESCENA XI.

DICHOS y un LACAYO negro.

LAC. (Entrando con misterio por la puerta del jardín.) ¡Señó, señó!

ELV. ¿Quién llama?

MAN. (Levantándose sorprendido.) ¿Otra vez el negro?

ELV. ¿Qué sucede? ¿Han acudido los serenos á los tiros?

LAC. No: lo sereno etán dumiendo.

MAN. Pues ¡á qué vienes?

LAC. Vengo... po la yave.

ELV. ¿Pero, no abrió con ella, tu señora?

LAC. Sí: el ama me manda po la otra.

MAN. ¿Por la otra?

LAC. La otra ha dicho...

ELV. ¡Ah! (Á Manuel.) Vamos, saca la llave y dásela.

MAN. Pero... ¿qué llave?

ELV. (Tratando de sacar la llave que Manuel lleva en el bolsillo del frac.) Esta, hombre, esta; la del paraiso!

MAN. (Sacándola de mala gana.) Toma.

ELV. (Cogiéndola.) Toma, negrito.

LAC. (Alegremente sorprendido.) ¡Ay! ¡La yave de mi cuarto! ¡La yave de mi cuarto!

MAN. (Desconcertado.) La... ¿la llave de tu cuarto? Esta es la... llave de tu...

ELV. Sí. ¡La llave de su cuarto! ¿No lo oyes?

- MAN. Sí... sí... lo oigo!
- LAE. Yo creía haberla perdido, y la andaba buscando por la cuadra, hace tres días.
- MAN. ¡Por la cuadra!
- ELV. Y estaba aquí, adonde la envió tu señora... equivocadamente.
- LAC. Pues vaya, buena noche. ¡Zeñoritos! (Váase saltando.)
- ELV. ¡Qué joya! ¡La llave del cuarto de un negro! ¡Del paraíso de un negro! (Con asco.)
- MAN. (Id.) ¡Un paraíso negro!
- ELV. ¡Y la tenías tan guardadita!
- MAN. ¡Oh!
- ELV. Y puede que le hayas dado algún beso, como los que les dabas á las cartas de doña Pantaleona?
- MAN. Qué?... ¿Qué es eso de doña Pantaleona?
- ELV. ¿Sabes por qué no conoció Alfredo la letra de las cartas? Porque, Cármen no escribía las que te mandaba; las escribía su respetable mamá, la bigotuda doña Pantaleona!
- MAN. (Escupiendo precipitadamente.) ¡Doña Panta... doña Pantaleona!
- ELV. Escupe, escupe, el demonio que tienes metido en el cuerpo.
- MAN. ¡Y yo que las he besado? ¡Uf, qué asco!... Me perdonas?
- ELV. ¿Irás mañana á por nuestro hijo?
- MAN. (Abrazándola.) ¡Te lo juro!
- ELV. Y ya verás qué ventura te producirá el pensar, que los tres, vamos á estar bajo de una cerradura. Que, si Dios juntarnos quiso en esta casa, á los tres bajo una llave, esa es
LA LLAVE DEL PARAISO.

FIN DEL JUGUETE.

ZARZUELAS.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde.
2 Empleo desconocido.....	1	E. Montesinos.....	Libro.
3 Valiente chasco!—o. p.	1	J. Brea y Gonzalez...	Libro.
3 Dos leones.	2	Navarro y Breton. $\frac{1}{2}$ L. y $\frac{1}{2}$ M.	Libro.
2 c. La catedral de Colonia.....	2	J. Velazquez.	Libro.
El Doctor Rosa.....	3	Ricci.....	Música.
El barberillo de Lavapiés.....	3	F. A. Barbieri.....	Música.
El fantasma rojo.	3	Lacome y Pedrell....	Música.
El maestro de Ocaña.	3	Pedro M. Marqués....	Música.
Giroflé, Giroflá.....	3	Coll y Lecoq..	L. y. M.
La linda perfumista... ..	3	Offenbach.....	Música.
Las cien doncellas.....	3	Lecoq.....	Musica.

ADVERTENCIA. — Han dejado de pertenecer á esta Galería, la comedia un acto titulada *Al borde del abismo*, la mitad del libro de las zarzuelas en un acto, *Arriba y abajo*, *Fuego en guerrillas* y *Los pájaros del amor*: el libro de *Un viaje al otro mundo*, también en un acto, y música de *Los titiriteros* en tres actos.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo, de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.